

—Oh, sí —afirmó el doctor Phineas Welch—. Puedo traer los espíritus de los muertos ilustres.

Estaba un poco bebido. De otro modo, quizá no habría dicho eso. Desde luego era perfectamente natural hallarse un poco embriagado en la reunión anual de Navidad.

Scott Robertson, el joven profesor de literatura inglesa, ajustó sus gafas como para ver mejor si había oído bien.

—¿De veras, doctor Welch?

—Tal como digo. Y no sólo los espíritus, sino también los cuerpos.

—Yo diría que eso es imposible —manifestó muy estirado Robertson.

—¿Y por qué? Simple cuestión de transferencia temporal.

—¿Se refiere usted al viaje en el tiempo? Pero eso... Bueno, digamos que me parece por lo menos insólito.

—No si se sabe cómo.

—¿Y bien, doctor Welch? ¿Cómo?

—¿Cree que voy a revelárselo? —preguntó receloso el físico. Miró vagamente a su alrededor buscando otra bebida y, al no encontrar ninguna, prosiguió—: Hace poco traje a algunos. Arquímedes, Newton, Galileo. ¡Pobres tipos!

—¿No les gustó esto? Yo hubiese pensado que se quedarían fascinados ante nuestra ciencia moderna —opinó Robertson, que empezaba a disfrutar de la conversación.

—Sí, claro que se quedaron. En efecto. En particular, Arquímedes. Al principio pensé que iba a volverse loco, hasta que le expliqué algo de ella en un poco de griego que había estudiado. Pero no..., no...

—¿Algún problema?

—La gran diferencia de culturas. No lograban acostumbrarse a nuestra forma de vida. Se sentían terriblemente solitarios y asustados. Tuve que devolverlos a su tiempo.

—¡Qué lástima!

—Sí. Grandes mentes, pero nada flexibles. No universales. Así pues, probé con Shakespeare.

—¡Qué! —aulló Robertson, a quien este personaje tocaba más de cerca.

—No grite, muchacho —le recomendó Welch—. Es de mala educación.

—¿Ha dicho que trajo a Shakespeare?

—Pues sí. Necesitaba a alguien con una mente universal, alguien que conociera lo bastante a las personas como para ser capaz de convivir con ellas fuera de su propia época. Shakespeare me pareció el más indicado. Por cierto, me dejó su firma como recuerdo...

—¿La tiene aquí? —preguntó Robertson, con ojos desorbitados.

—Aquí mismo. —Welch hurgó en los bolsillos de su chaqueta, uno tras otro—. ¡Ah, aquí está!

Tendió al profesor una tarjeta de cartulina, en cuyo anverso se leía: L. Klein e hijos. Ferretería al por mayor. En su reverso, aparecía escrito con enrevesada escritura: Will Shakespeare.

Una disparatada conjetura asaltó a Robertson.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó.

—No como en sus retratos. Calvo y con un feo bigote. Hablaba con marcado acento irlandés. Desde luego, hice cuanto pude por reconciliarle con nuestra época. Le dije que teníamos en la mayor estima sus piezas de teatro y que aún seguíamos representándolas. De hecho, le aseguré que en nuestra opinión eran las obras maestras de la literatura en lengua inglesa, tal vez las obras maestras de toda la literatura.

—Bien, bien —aprobo Robertson sin aliento.

—Le expliqué que se habían escrito volúmenes y volúmenes de comentarios sobre ellas. Naturalmente, deseó ver uno de ellos y fui a buscárselo a la biblioteca.

—¿Y...?

—¡Ah! Se mostró fascinado. Desde luego, tropezó con dificultades respecto al idioma actual y las referencias a los acontecimientos ocurridos a partir del 1600, pero le ayudé a comprenderlos. ¡Pobre hombre! No creo que esperase tal trato. «¡Alabado sea Dios!», comentó. «¡Hasta qué punto se han estrujado las palabras en cinco centurias! Me da la impresión de un trapo mojado del que se ha sacado una inundación».

—¡No pudo decir eso!

—¿Y por qué no? Escribía sus piezas con la mayor rapidez posible. Tenía el tiempo limitado, me dijo. Por ejemplo, acabó Hamlet en menos de seis meses. El argumento era ya conocido. Él se limitó a pulirlo.

—Lo mismo que un espejo telescópico. ¡Pulirlo! —se indignó el profesor de literatura inglesa.

El físico pasó por alto la observación y, reparando en un combinado incólume sobre el bar, a sólo unos pasos, se acercó a él furtivamente.

—Le dije al Bardo que dábamos cursos universitarios sobre Shakespeare.

—Yo doy uno.

—Lo sé. Le matriculé en su curso nocturno de ampliación. Jamás vi a un hombre tan ávido por descubrir lo que la posteridad decía de él como lo estaba el pobre Will. Trabajó con mucho empeño.

—¿Matriculó a William Shakespeare en mi curso? —farfulló Robertson.

Incluso considerándolo como una fantasía alcohólica, el pensamiento le causó vértigo. ¿Y era en verdad una fantasía alcohólica? Acababa de venirle a la memoria la presencia de un hombre calvo y de habla singular.

—No con su nombre verdadero, desde luego —dijo el doctor Welch—. ¡Lo que tuvo que soportar! Cometí un error, simplemente. Un gran error. ¡Pobre tipo!

Había alcanzado ya el cóctel y meneaba la cabeza con la vista clavada en él.

—¿A qué error se refiere? ¿Qué sucedió?

—Tuve que enviarle de nuevo al 1600 —rugió Welch con indignación—. ¿Cuánta humillación cree usted que puede soportar un hombre?

—¿Pero de qué humillación me habla?

El doctor Welch se echó al coleteo el combinado de un solo trago.

—¡Usted, pobre idiota...! ¡Usted le reprobó!